

Tótila Albert

Un joven escultor chileno.—La originalidad de su arte.—Innovaciones audaces.—Nuevos rumbos.—Una interesante exposición artística.

Las esculturas de Tótila Albert son de una originalidad tan sugerente que en el primer momento desorientan y nos hacen titubear, pero al mismo tiempo nos atraen y parecen invitarnos a contemplarlas con serenidad, y poco a poco nos deslumbramos con la magia fascinadora de esas concepciones tan llenas de expresión y de ritmo.

En la obra artística de Tótila Albert se puede decir sin temor a errar, que no hay tendencias a ninguna escuela y que no se parece a ningún escultor; sus esculturas son la materialización vibrante de su personalidad con caracteres inconfundibles, y en forma tal que ella es única, verdaderamente única, triunfalmente única; que como dijo el celebrado escritor Roberto Meza Fuentes, "es un milagro de todo arte puro; y no tiene edad porque es de todas las edades y no tiene patria porque es de todas las patrias".

El vigor y la audacia de sus trabajos me habían hecho figurarme a Tótila Albert como un hombre de recia complexión, con muchos años encima y un ceño penetrante y no exento de dureza en la mirada; pero... ¡Oh las sorpresas de la fantasía! Claudio Arrau, el gran pianista que ha vuelto a nuestra patria con la deslumbrante aureola de gloriosos triunfos conquistados en los mejores centros artísticos del Viejo Mundo, me da la grata oportunidad de conocer al notable escultor.

El momento no era propicio; la casa Mori y Guevara cobijaba un buen número de personas que se habían dado cita para admirar los trabajos escultóricos, y Tótila debía poco menos de multiplicarse para complacer a los que le felicitaban o le hacían preguntas sobre sus obras.

Un poco apartados del grupo puedo hablar libremente con Claudio Arrau, y con admirable sencillez me relata algunas impresiones de sus viajes, de sus próximos conciertos, y de sus gustos artísticos, y hay en su palabra una serenidad inmensa y una espontaneidad sincera y atrayente.

Aprovechando un momento en que las personas que rodeaban a Tótila examinan las obras expuestas, Claudio se apresura a presentármelo.

Y Tótila Albert me da la primera sorpresa; no es grande ni macizo; todavía es un muchacho, y la primavera de la vida sonríe en todo su ser con el alborozo de un amanecer radiante de esperanzas y de ilusiones... el otoño está muy lejos para él... Tótila es un muchacho jovialísimo y amable; el hielo que trae consigo toda presentación se rompe de inmediato, y después de hablar algunas palabras, me parece haberlo conocido mucho tiempo antes; no hay en él ni la más leve insinuación de vanidad ni de orgullo. En su espíritu juvenil no sólo hay palpitaciones de genio sino también de bondad y de ternura; la serenidad infinita de su mirada parece ser el reflejo fiel de sus acciones, y bajo ella se adivina al artista, al verdadero artista, que ve en el arte no sólo una cristalización de su inspiración, sino también un sacerdocio noble y una misión santa.

Pero en la exposición es imposible hablar con calma, así es que muy pronto se ve interrumpida nuestra charla, y ya que no es posible seguir conversando con el joven escultor, me dedico a examinar sus obras.

Es difícil precisar cuál es la más sugestiva o la mejor; cada una tiene un aspecto distinto y forma de por sí un atractivo de originalidad admirable; la danzante Olga Desmond es entre ellas un modelo de armonía y de ritmo; el cuerpo de la artista refleja en su deslumbrante pero casta desnudez una concepción maravillosa de gracia, de vida y de sutileza.

"Arrodillada" nos evoca un poema tiernísimo y lleno de dulces reminiscencias; "El nudo" un símbolo que estremece y conmueve; "Capricho" es una obra en que palpita honda y espiritualmente una emoción deliciosamente humana, y las demás esculturas guardan en su forma el sello admirable de su autor.

Tótila Albert abre con la originalidad de su arte un nuevo horizonte, lleno de amplitud y de inspiración; tal vez tendrá discípulos, porque hay en él una seducción que encontrará eco en muchos artistas, y quizá, imitadores, pues son de una inmensa sugestión y atractivo sus obras; su gran mérito es, pues, también el de ser creador de un arte muy suyo y muy lleno de sugerentes emociones.

Su exposición en nuestro puerto ha sido como una visión rebosante de fantasía y de espiritualidad; por eso se lo agradecemos y nos congratulamos grandemente de la feliz idea que tuvo de traer hasta nosotros la magia deslumbrante de su vibrante inspiración.

SERGIO ROBERTS.